

estaciones que ella haga de los acontecimientos y los  
 hombres son justas y desproporcionadas. En mi escri-  
 to no cabe la mentira, porque siendo como es una  
 obra de historia que precede a la obra que se si-  
 guiera, no puedo en sus últimos momentos el in-  
 ventado Emperador Maximiliano, tiene que res-  
 paldarse en él la verdad desnuda.

Al obedeciendo el augusto mandato de mi soberano  
 a sacado en Querétaro el 13 de junio de 1867, es-  
 cribo esta narración, después de transcurrido un año  
 desde que los sucesos acaecieron, para dar así lugar  
 a que se calmaran en mí y en la juventud los sen-  
 timientos de indignación que nos causó el sacrificio  
 del joven monarca; porque el historiador tiene el  
 deber de defenderse de sus afectos y de sus inter-  
 ses para hacer resplandecer la verdad.

Quiera el cielo que el libro que ahora publico sea  
 de utilidad a la historia.

FELIX SALM SALAN

Kerschack, en el Lago de Constanza, Setiembre de 1867.

espada de honor con las palabras «Fürs Tapferkeit» (1)  
 grabadas en ella.

Para decir la verdad era soldado con toda mi alma y  
 la guerra era mi elemento. Y lo que de ella he visto  
 en Europa y América solo me sirvió para hacerme más de-  
 seoso de enseñar mi esperiencia; y me resolví a ofrecer  
 mis servicios al Emperador de México, Maximiliano, por  
 cuya persona y empresa civilizadora siempre había senti-

### MARCHA A QUERETARO.

Como no era yo personalmente conocido al Emperador,  
 tenía que proveerme con testimonios relativos a mi capa-  
 cidad militar, y con cartas de recomendación de personas  
 influyentes. Lo primero lo conseguí con la mas amistos

**D**URANTE la gran guerra civil en Norte-América, servi  
 a los Estados-Unidos desde 1861 hasta el final de  
 ella, primero como coronel y jefe del estado mayor de la  
 division alemana, después como comandante de un regi-  
 miento, y mas tarde como general de brigada y goberna-  
 dor civil y militar de la Georgia del Norte, bajo S. B.  
 Steedman, comandante de la division.

Después de que acabó la guerra fui recomendado por  
 veintiseis senadores para un destino en el ejército regular  
 de los Estados-Unidos, pero nunca me encontraba a gusto  
 en ese país, y me horrorizaba la idea de tener que lle-  
 var una vida triste y ociosa en alguna pequeña guarnición  
 mas allá de los confines de la civilización. He sido solda-  
 do desde mi tierna infancia; y habiendo sido educado en la  
 Casa de Cadetes de Berlin, llegué a ser oficial todavía sien-  
 do muy joven, y participé del servicio activo en la guerra  
 de Holstein; á consecuencia de la cual tuve el honor de  
 ser condecorado, recibiendo ademas del rey de Rusia una

espada de honor, con las palabras «Fuer Japferkeit,» (1) grabadas en ella.

Para decir la verdad, era soldado con toda mi alma y la guerra era mi elemento. Y lo que de ella habia visto en Europa y América solo me sirvió para hacerme mas deseoso de ensanchar mi esperiencia; y me resolví á ofrecer mis servicios al Emperador de México, Maximiliano, por cuya persona y empresa civilizadora siempre habia sentido grandes simpatías.

Como no era yo personalmente conocido al Emperador, tenia que proveerme con testimonios relativos á mi capacidad militar, y con cartas de recomendacion de personas influentes. Lo primero lo conseguí con la mas amistosa voluntad del Presidente de los Estados Unidos y los generales bajo á cuyas órdenes habia hecho la campaña; cartas de recomendacion me fueron dadas por el ministro prusiano en Washington, baron Gerolt, el ministro francés, marqués de Montholon y el ministro de Austria, baron de Wydenbrack, quien bondadosamente escribió una carta al Emperador Maximiliano para que le fuese entregada á él por el conde Jhun, ministro de Austria en México.

De esta manera preparado, como me imaginaba, suficientemente, me embarqué para México en Nueva-York, el 20 de Febrero de 1866, acompañado por el capitán baron Von Groeben, un pariente lejano mio, y el cual habia sido mi ayudante en la guerra de los Estados Unidos.

A mi llegada á México el Emperador no se hallaba allí; pero solicité por medio de una carta un empleo en el ejército, y el secretario imperial del gabinete, Mr. Pieron me aseguró que el Emperador estaba muy inclinado á

(1) Por valor.

acceder á mi solicitud, pero que se demoraba mi nombramiento por los esfuerzos del conde Jhun, que retenia aun la carta que habia recibido para el Emperador. Cuando el ministro de Prusia en México, baron Von Magnus, le interpeló tocante á las razones de su oposicion contra mí, contestó: «El Príncipe ha sido recomendada como el príncipe Eugenio de Saboya podia haberlo sido: no podia haber sido mejor; pero está en contra de mis principios el recomendarlo.» A sus esfuerzos y á los del general Conde Jhun, su pariente, y el comandante de las tropas austriacas se le debió el que ningun prusiano encontrase destino en aquel ejército.

Quando fuí despues invitado junto con el baron Magnus, á comer con el Emperador, Maximiliano, le dijo al baron que se habian puesto en juego muchas intrigas para evitar mi nombramiento, y que aun se habia llegado hasta decir que no era yo el príncipe Salm Salm, sino un impostor.

Las bondades y esfuerzos del ministro prusiano triunfaron al último, sin embargo, conquistando toda oposicion: y el 1º de Julio de 1866 fuí nombrado coronel del Estado Mayor y agregado á la plana mayor del general francés Neigre, el que mandaba la llamada division auxiliar, que se componia de una brigada francesa, los cuerpos austriacos y belgas y las tropas de la ciudad y Valle de México.

Como la princesa, mi esposa, intentaba seguirme á México tan pronto como tuviese un empleo en el ejército, el Emperador me concedió licencia para traerla; y me dirijí á Veracruz, adonde caí enfermo del vomito, siendo por poco víctima de él.

La salida de Nueva-York de mi esposa se había diferido, y en camino á los Estados-Unidos la encontré en la Habana, y al momento regresé con ella á México. Poco después de nuestra llegada uno de los ministros propuso se entrase en ciertas negociaciones con el gobierno de los Estados-Unidos relativos al reconocimiento del Emperador, y como mi esposa y yo estábamos bien relacionados con el Presidente, los senadores y miembros del Congreso, se nos dieron órdenes para ir con esta misión. Para los gastos que pudieran ofrecerse, debíamos llevar consigo dos millones de pesos en oro, bajo la dirección del Consejero de Estado Von Herzfeld ú otro alto funcionario. Antes de que este negocio se arreglase, las angustiosas noticias de la enfermedad de la Emperatriz llegaron. El Emperador se marchó á Orizava, y todo este negocio se hizo á un lado tan pronto como las circunstancias materialmente cambiaron.

Una vida ociosa me era sumamente desagradable, y de corazón deseaba el servicio activo en el campo. Supliqué al ministro de la guerra, me permitiese acompañar en calidad de voluntario, á un cuerpo belga al interior.

Marchamos por Pachuca á Tulancingo, adonde relevamos á un destacamento del cuerpo austriaco, mandado por el teniente coronel Pollack, el que debía ir en ayuda de Jalapa: el 12 de Noviembre á las cinco de la mañana se marchó. A las once de la mañana ya se había anteo Tulancingo presentado el general liberal Martínez con seis mil hombres.

La ciudad no estaba fortificada, y nuestras tropas solo ascendían á ochocientos hombres del cuerpo belga, y ochocientos mexicanos: y su comandante el coronel Vander

Smissen envió á tres indios con letras ocultas en cigarros, al teniente coronel Pollack, suplicándole regresase y nos ayudase á atacar al enemigo. El bizarro coronel consultó á sus intrépidos oficiales, y galantemente se resolvieron á no aceptar la invitación. Demasiado débiles para emprender cualesquiera cosa contra los sitiadores, tuve el cuidado de fortificar el lugar, tanto como lo permitían las circunstancias.

Mientras de esta manera me ocupaba, se me informó que el coronel Peralta que mandaba el 6.º de caballería mexicana en la ciudad, se hallaba en comunicación con el enemigo. Como mis pruebas no eran suficientes para condenarlo, se tomaron medidas para evitar malas consecuencias.

Habia fortificado el palacio del obispo y una iglesia, de tal manera que nos sirviese como de trinchera. Las tropas mexicanas estaban acuarteladas en el palacio, y las belgas en la iglesia, desde donde todas las fortificaciones del palacio podían flanquearse. Habia, además, puesto una mina bajo el edificio, hecha por un número competente de sargentos belgas, y que volaría todo, dado el caso en que los mexicanos hiciesen traición.

Las medidas tomadas por nosotros parecían haber impresionado al enemigo, que no se atrevía á atacarnos, pero sin dejar por eso de pretender tomar la ciudad de un modo menos peligroso.

El 1.º de Diciembre recibí de un modo misterioso una carta del coronel liberal Braulio C. Pícazo, en la que me suplicaba fuese solo y desarmado á la hacienda de San Nicolás el Grande. Bajo su palabra de honor me prometía seguridad, diciendo que él igualmente se hallaría allí solo y sin escolta. La hora de la cita era á las ocho de la

mañana siguiente. Después de haber consultado con el coronel Vander Smissen, me resolví á correr el riesgo de esta incitante aventura. El enemigo se acercó á las

En efecto, á la mañana siguiente me dirijí á la hacienda, solo, y armado únicamente de un pequeño revolver que llevaba en la bolsa. Al llegar á la hacienda me sorprendí bastante de encontrarme allí con dos avanzadas, pero al pasarlas sin muestra de desconfianza me saludaron respetuosamente.

El coronel Picazo era un caballero muy bien educado: hablaba varios idiomas con fluidez, y tenia todas las maneras de un hombre de mundo. Me aseguró que la causa del Emperador era perdida, y lo que es mas, me trazó todo el estado de los negocios de una manera nada lisonjera, pero que desgraciadamente era cierta. Después se esforzó en inducirme á persuadir al coronel Vander Smissen á que rindiese la plaza, en cuyo caso me pagaria veinte mil pesos.

Como sabia que semejantes ofertas se hacen con frecuencia en México, y que no se trataba de ofenderme, me conformé simplemente con rehusar su propuesta, á lo que el coronel me contestó que si en el término de cinco dias no nos rendiamos, se nos atacaria con diez mil hombres. Contesté que tendríamos gusto en recibirlos. Todo el negocio fué discutido con un vaso de coñac y un puro.

Al despedirme, el coronel me acompañó hasta el patio, me cerró la mano, y regresé á la ciudad, conforme con haber escapado así, pues habia visto en la hacienda un destacamento de treinta caballos.

No tuvimos, sin embargo, oportunidad de mostrar nuestro valor en esta ocasion; pues á fines de Diciembre recibí-

mos la orden del Mariscal Bazaine de entregar Tulancingo al general Martinez.

El jefe del estado mayor de este general, el coronel Cruz, vino el 27 con bandera de paz para arreglar la rendicion. Le ví en su mano la misma orden que habiamos recibido, y firmada en nombre de Bazaine, por el coronel Boyer, jefe de estado mayor del ejército expedicionario francés. El coronel Cruz no hacia secreto de que habia estado entendiéndose amistosamente con los franceses, y que con respecto á esta retirada, á propósito se hicieron á un lado.

Las tropas del general Martinez avanzaron en esa misma noche cerca de nuestras fortificaciones.

Igualmente se nos informó que un jefe notable de guerrilla, cuyo nombre era Carbajal, habia llegado con una banda de ochocientos hombres, de Huachinango, y el coronel Vander Smissen dió ordenes para que ningun oficial ú hombre fuese fuera de las barricadas. El capitán Jimerance del cuerpo belga, que deseaba decir adios á una señora amiga que se hallaba fuera, pasó las trincheras á las diez de la noche, y fué atacado y herido por las guerrillas de Carbajal, y tomado prisionero. Al suplicar se devolviese al oficial, Carbajal contestó que lo haria si se le permitia que primero entrase á la ciudad. El coronel Vander Smissen le dijo que podia detener al desobediente capitán, el que no obstante fué puesto en libertad, á peticion del cónsul español, y enviado á México.

A las siete de la noche el coronel Peralta, á quien ya hemos nombrado, se presentó en el alojamiento del coronel Vander Smissen pidiendo ordenes con referencia á la marcha de la mañana siguiente. Su manera inusitadamen-

te nerviosa se echó de ver por todos los presentes, y cuando se hubo ido, el coronel Vander Smissen me dijo: "Hay verá vd. como se pasa con el enemigo; pero para ello estáré preparado."

Sede había ordenado á Peralta, que formase con su caballería la vanguardia, y una compañía del cuerpo belga recibió órdenes de seguirle de cerca; su capitán tenía instrucciones para hacer fuego sobre los mexicanos tan presto como intentasen pasarse al enemigo.

A las seis de la mañana siguiente, el cuerpo belga y la infantería mexicana, bajo las órdenes del coronel Campos, un verdadero oficial y en quien se podía fiar, se hallaba listo en la plaza del mercado, cuando de repente vimos venir á todo galope y con espada desenvainada al primer teniente Goslich, el único oficial alemán empleado en el 6.º de caballería mexicana. El coronel Peralta, que había ordenado á su regimiento estuviera listo á las cuatro de la mañana, suplicó al teniente Goslich le fuera á ver; entonces le informó que intentaba pasarse con su regimiento á los liberales, y que él podía considerarse como prisionero. El teniente guardó silencio, puesto que nada podía hacer; pero cuando despues de un rato el coronel se volvió á hablar con un oficial, sacó su sable, metió espuelas á su caballo, y empuñando la hoja sobre su cabeza, logró pasar ileso por enmedio de todo el regimiento, y llegó en salvo á la plaza del mercado.

Peralta, sin embargo, no era el único miserable que se había desertado; otro perro aun mas valioso que este, Jimmy el perrito consentido de mi esposa, no parecía. Mi esposa me acompañó en todas mis campañas en Norte-América, y con frecuencia había participado por mu-

chos meses de mi tienda de campaña. Se había juntado conmigo en México, y por supuesto su Jimmy tambien, puesto que nunca la habia abandonado durante toda la guerra en América. Mas en lugar de hacerse á esos sopidos guerreros, habia traído consigo la aversion mas intensa contra cualesquier sonido que se asemejase á tiros de cañon ó ruido de tambores. Cuando por consiguiente llegó á la plaza del mercado, y oyó los tambores y vió tantos cañones, se metió de corriendo á nuestro antiguo alojamiento en casa del vice-cónsul español, Sr. Gayon, y no creyendo que habia un criado digno de tocar su precioso pellejo, mi señora insistió en que yo fuese por él.

Cuando salia yo de la casa con mi zancudo favorito debajo del brazo, no fui muy agradablemente sorprendido, al ver ante mí á un oficial del enemigo con cinco hombres, quienes de acuerdo con el convenio debian haber entrado en el momento en que nosotros salieramos. Sin embargo, nada sucedió; los hombres del enemigo me saludaron, y me reuní con mis tropas.

Media hora despues de abandonar á Tulancingo, nuestra retaguardia fué atacada por los ladrones de Carbajal, quienes, sin embargo, se retiraron despues de haberles hecho algunos muertos.

En Tulancingo el cuerpo belga habia ya recibido la orden por la cual se desbandaba, y al mismo tiempo la oferta del Mariscal Bazaine de proveer el pasaje de estos hombres á Europa, que fué aceptada con gusto por la mayor parte.

Cuando llegamos á Buena-Vista, que se halla en el camino entre Puebla y México, se nos previno nos quedáramos allí, hasta nueva orden.

En la noche del 2 de Enero de 1867, se nos informó que

El Emperador pasaria por el lugar en su tránsito de Orizava á México la mañana siguiente, y estuvimos listos para recibirle.

El Emperador iba en una carretelita con cuatro mulas blancas y estaba acompañado por una escolta de los lanceros y husares del cuerpo austriaco que iba á ser desbandado en México, é igualmente iba un destacamento de zuevos franceses á caballo. Con el Emperador estaban el general Márquez y su estado mayor, el coronel Schaffer, el coronel Lamadrid, el capitán Von Grollet, de la fragata austriaca «Elisabeth», el padre Fischer, y el doctor Basch, su médico.

El general D. Leonardo Márquez es un hombre pequeño y alegre, con el cabello negro, ojos negros y vivos. Usa una barba poblada, para ocultar una cicatriz que le desfigura en la mejilla de una herida de bala. Su atroz crueldad ha hecho que le den el nombre del «Alva de México», que merece demasiado. Como antiguo jefe del partido de la Iglesia, era íntimo de todos los padres. Aunque en estremo valiente soldado, es un general mediano, pues no tiene idea alguna de los movimientos estratégicos. Su superior conocimiento era la organización de tropas.

El coronel Lamadrid, un oficial muy apto y muy amable que mandaba el regimiento de cazadores á caballo, fué muerto una semana despues en una expedición á Cuernavaca.

El coronel Schaffer habia servido antiguamente en la marina austriaca, bajo las órdenes del Emperador, cuando aún era Almirante mayor, era muy íntimo con él: siempre estaba á su lado.

El padre Agustín Fischer es un caballero corpulento,

muy inteligente, é igualmente ambicioso. Hacia solo pocos dias que habia sido nombrado «Secretario de Gabinete» del Emperador, y estaba vestido de paisano. En cuanto á su moralidad circulaban singulares rumores, y era bien sabido que aunque era clérigo, tenia muchos hijos en varias partes del país.

Cuando el Emperador, despues de las noticias del estado lamentable de la Emperatriz, se fué á Orizava, y los franceses y americanos esperaban á cada momento su abdicacion; Márquez, Miramon, y el padre Fischer, le siguieron á ese lugar, y lograron persuadirle á que se quedase.

Márquez y Miramon prometieron que el partido de la Iglesia le asistiría suficientemente con tropas y dinero, si solo se apoyaba enteramente en sus súbditos mexicanos. Estos fueron demasiado libres con su palabra de honor.

El Emperador conocia muy bien el carácter incapaz de semejantes promesas, y tal vez no hubiera sido inducido por ellas á quedarse, á no haber conocido el padre Fischer su carácter noble y desinteresado, y pintádole con los colores mas oscuros la condicion futura de sus amigos en México despues de su partida del país.

El Emperador por lo tanto se resolvió á no abdicar, con gran consternacion del Mariscal Bazaine y del general Castelnau, quienes habian sido enviados en mision especial por Napoleon III, impidiendo todo su plan para arreglar los negocios con el gobierno liberal, representado por el general Ortega.

Tal vez el padre Fischer tenia buenas intenciones para con el Emperador; pero los intereses de la Iglesia Romana tenian el primer lugar en su estimacion.

El doctor Basch es un caballero modesto y sumamen-

te inteligente, excelente médico y muy adicto á la persona del Emperador. Subsecuentemente fué nombrado médico en jefe de todos los hospitales de Querétaro, y se sacrificó día y noche á sus honrosos deberes.

El cuartel jeneral Imperial se hallaba en Ayotla, á siete leguas de México: allí me fuí á caballo, y despues de haber solicitado por medio del padre Fischer una audiencia, recibí autorizacion del Emperador para formar un rejimiento de caballería con voluntarios europeos de la lejion belga y otros.

El 6 de Enero marchó la lejion belga por Río-Frío, Puente de Texmelúcan y San Martin á Puebla, á donde hicieron entrega de su batería rayada y de sus excelentes mosquetes al jeneral Douai. Me sorprendí demasiado cuando mas tarde encontré en poder de las tropas del jeneral liberal Porfirio Diaz estas mismas armas!!!!

La lejion belga marchó despues á Veracruz, adonde se embarcó para Europa el 20 de Enero de 1867.

Habia acompañado la lejion belga hasta Puebla con la esperanza de procurar hacerme de reclutas para mis nuevos rejimientos. Se me presentaron sin embargo, algunos obstáculos en esta empresa por una circular de Mr. Hooricks, secretario de la Legacion belga, en la que se prevenia á los belgas contra los esfuerzos que se hicieron para persuadirlos á que se quedasen en México, necesitando el gobierno belga de sus servicios.

Un documento semejante se publicó por el encargado de negocios de Austria, baron Lago, é igualmente muchos austriacos hicieron todo lo que pudieron para evitar que sus paisanos se alistaran.

Viendo que me era imposible levantar un rejimiento, re-

gresé á México, y supliqué al Emperador por conducto del padre Fischer, me emplease en alguna otra parte en servicio activo. El padre me hizo promesas. Le fuí á ver todos los dias y continuó con sus promesas, pero mis negocios nada adelantaron.

El conde Khevenhüller y el baron Hammerstein, dos valientes austriacos, tuvieron mejor éxito en el levantamiento de tropas.

Bajo grandes dificultades el conde organizó un rejimiento de húsares, y el baron un batallon de cuatrocientos ó quinientos hombres.

Al fin llegó el 5 de Febrero, dia que debia librar á México de los franceses, sus tiranos libertadores. Era una de esas mañanas mexicanas claras y brillantes; toda la poblacion se hallaba en las calles, y con una escitacion agradable. La retirada de los franceses era un feliz evento para todos, pues se habian hecho odiar de todos los partidos. No necesito hablar del comportamiento del Mariscal Bazaine; ha sido ya apreciado en muchas publicaciones. Obraria de acuerdo con sus instrucciones; pero si así fué, no solamente lo hizo con su modo peculiarmente brutal, sino que probablemente sobrepasó aquellas en muchas cosas, segun convenia á su ambicion ilimitada y rapaz.

Los oficiales franceses imitaban al Mariscal, y su arrogancia y avaricia eran intolerables. La espedicion mexicana era para ellos un cambio agradable, y preferible á una triste vida de guarnicion en Francia. Tambien era buena oportunidad para enriquecerse; no les importaba nada Maximiliano ni las declaraciones de las intenciones humanitarias ó civilizadoras de su Emperador. Despreciaban á los mexicanos con la arrogancia francesa, y dia á dia insultaban á los